

¿Quién es el sujeto que *decide* qué? Una aproximación desde las perspectivas de Jacques Derrida y Ernesto Laclau

Isidoro Harispe
FPyCS
iharispe2003@yahoo.com.ar

INTRODUCCIÓN.

En las páginas que siguen abordaremos algunas cuestiones referidas a los conceptos de “sujeto” y “decisión” que aparecen en pasajes específicos de algunas obras de Jacques Derrida y Ernesto Laclau, y en las que ambos se vinculan con otros términos y/o temas (responsabilidad, estructura, fundamento, libertad). Previamente contextualizaremos el debate en torno a “lo político” que se dio en Francia a principios de los años ’80, condición indispensable para comprender el debate actual, y preguntaremos qué de ello hoy continúa. Lo que este trabajo intentará dar cuenta es cómo un análisis de dichos conceptos en Derrida -matizados fundamentalmente por la problemática de la relación derecho/justicia- concluyen en una ética que aquí se interpreta como *fundante* de lo político; mientras que en el caso de Laclau, cuyo análisis está más centrado en las articulaciones posibles en torno a las cuales se construyen las relaciones políticas, privilegiaría una perspectiva donde lo político mismo asume el lugar de fundamento del orden social.

“Sujeto” y “decisión” son conceptos relevantes dentro de los contornos del debate político y filosófico de las últimas décadas más allá de sus largas historias como términos al momento de pensar por separadas las tradiciones de la filosofía y la teoría política. Algunas de las preguntas que los contienen podrían quizás enunciarse del siguiente modo: ¿quién es ese sujeto que decide qué? ¿Acaso hay un sujeto? ¿Podemos decir algo de él? ¿Y en qué *marco* podemos hablar de uno (el sujeto) y otra (la decisión)? Lo mismo respecto de la cuestión de la decisión: ¿qué comporta una decisión? ¿Cómo estar seguros que aquello que define un curso de acción nueva es producto de una decisión causada por un algo llamado sujeto?

Es que del “sujeto” (y su crítica) vienen ocupándose desde mediados del siglo XIX hasta entrado el siglo XX por lo menos, Nietzsche, Heidegger, Sartre, Kojève, Foucault, Derrida, Deleuze y el pensamiento italiano contemporáneo (por mencionar sólo el canon), en interacción y complemento con disciplinas como la lingüística estructural y el psicoanálisis.

Con otro registro, el concepto de “decisión” llega al debate actual de lo político desde la teoría jurídica de la soberanía de Carl Schmitt y en auxilio de la crítica a la racionalidad liberal democrática en la perspectiva posfundacionalista.

Afirmamos entonces que, aunque sea al modo de interrogación, ambos conceptos pueden reclamar el derecho de ser, sino los primeros, parte de un grupo de términos selectos, reconfigurados, a reconfigurar por siempre, y que, junto con las de “contingencia”, “*Ab-grund*”, “soberanía”, “indecidibilidad”, “dislocación”, “repetición”, “antagonismo”, “*diferencia* política”, “acontecimiento”, “emancipación”, etc., (la lista puede ser larga) hay que tener presente si se quiere reflexionar dentro de los marcos del pensamiento “postestructuralista”. La existencia en torno a una *diferencia* entre la política (lo fundado u ontico) y lo político (lo fundante u ontológico) encuentra aquí la condición desde la cual pensar cada uno de ellos, por ello a continuación daremos algunas coordenadas de contexto.

EL CONTEXTO DE DEBATE DEL POSTESTRUCTURALISMO PARA PENSAR “LO POLÍTICO”.

Establecer un punto de aproximación al origen de la distinción o diferencia entre lo político y la política en clave postestructuralista nos sitúa en la creación del *Centro para la Investigación Filosófica sobre lo Político* a principios de la década del '80 del siglo pasado bajo la conducción de Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy, específicamente en los coloquios que dicho Centro organizara en la École Normale Supérieure, lugar en torno del que se congregaron autores como Étienne Balibar, Jean-Francoise Lyotard, Claude Lefort y Jacques Rancière entre otros.

La interrogación acerca de lo político o acerca de la esencia de lo político es para nosotros... aquello que debe hacernos retomar hasta el presupuesto político mismo de la filosofía (o si se prefiere: de la metafísica), es decir, hasta una determinación política de la esencia. Pero esta determinación no constituye una posición política; es la posición misma de lo político, desde la *polis* griega hasta aquello que se despliega en la edad moderna como la calificación de lo político por parte del sujeto (y del sujeto por parte de lo político).¹

Abordar la problemática de lo político “sin ortodoxias” -como dirán ambos autores en la “*Ouverture*” del coloquio -, implicó en aquel entonces dar cuenta de tres ejes, a saber:

- la cuestión de lo *filosófico*, que ambos entienden como la “estructura histórico-sistemática general”, identificado con lo que usualmente se entiende por el pensamiento

¹ LACOUÉ-LABARTHE, Ph – NANCY, J. L., “Ouverture”, en *Rejouer le politique*, Paris, Galilée, 1981, Trad. español: “Retrazar lo político”, en *Nombres. Revista de filosofía*, Córdoba, XXI, 2012, pág. 54.

mismo desarrollado en y desde occidente (y de algún modo con Heidegger se podría llamar la cuestión de la *metafísica*²);

- la cuestión del *totalitarismo* como tentativa de “re-sustancialización” (o reorganización) del cuerpo político, pero también del totalitarismo como “cumplimiento sin más de lo político”, el “todo es político” que en perspectiva de ambos domina de modo *inaparente* todo otro ámbito de referencia y homogeneiza a través de la *espectacularización técnica* el “cuerpo político”, como “pueblo del sufragio” en las democracias liberales de occidente;
- por último, la cuestión referida a la *retirada* de lo político mismo en su doble significado: como retirada de la trascendencia (o de la alteridad si se quiere), pero que justamente en su retirarse libera algo que permite e invoca a que ese algo *re-trace* (*re-itere*) la apuesta misma por lo político.

Pero la recuperación del contexto antecedente tiene valor al ser referido al modo en que la discusión sobre “lo político” se dio bajo el signo del postestructuralismo francés y difícilmente pueda caber *hoy* un modo de pensar que ya tiene muchos años con las premisas vertidas en el coloquio de 1980. No todos en esta tradición (hoy ampliada y llamada también “post-marxista”, “deconstructivista” o “posfundacionalista”, dependiendo del autor y su adscripción teórico-político-intelectual) le asignan en la actualidad la misma importancia a los tres ejes del Coloquio de Cerisy-La-Salle, los contextos históricos y políticos del último cuarto del siglo pasado *naturalmente* no son los actuales, ni para Europa, ni para Latinoamérica sumamos nosotros. Temporalmente, se sucedieron transformaciones históricas muy importantes en la historia contemporánea, tales como el colapso del comunismo *real*, la homogeneización política a escala global a partir de democracias de tipo delegativo más que participativas, que posibilitaron a su vez la financiarización de la economía a escala global también (neoliberalismo a secas) sin oposiciones políticas fuertes ni proyectos antagónicos de ningún tipo.

Así y todo, en los últimos años las perspectivas populistas renovaron un interés teórico para la política que es compartido y debatido aún por intelectuales de generaciones más recientes. La pregunta por “lo político” hoy debe mucho a las experiencias concretas en latinoamérica, a las que se suman otras como en España o Grecia y que de maneras no homogéneas ni esencia-

² “... lo político tal como aparece y domina actualmente -y si fuéramos sencillamente heideggerianos diríamos: la técnica, aunque justamente, por razones imposibles de desarrollar ahora, preferimos no decirlo-, lo político, entonces, tal como aparece y domina actualmente, ¿no es el efecto de cierta retirada de lo filosófico, es decir, también de cierta efectuación de lo filosófico (en el sentido en que Heidegger habla de una efectuación de la metafísica)?”, LACQUE-LABARTHE, Ph. – NANCY, J. L., “La ‘retirada’ de lo político”, en *Rejouer le politique*, Galilée, 1981. Para nuestra versión: *Nombres. Revista de filosofía*, Córdoba, X, 15, 2000, p. 36.

listas buscan articular sus propias formas de representación. Estos momentos históricos divergentes tal vez ayuden en la explicación de los acentos marcadamente diferentes en el uso y consideración de algunos términos.

Jacques Derrida y Ernesto Laclau pese a la diferencia de herencias teóricas, campos de análisis y situaciones concretas de producción académica³, comparten con el pensamiento *postestructuralista* un horizonte de similitudes en lo referido a determinada cuestión “posfundacional”: ambos participan de la crítica a cierto universalismo, abstracto y racionalista, con el cual los debates sobre la emancipación y la democracia radical contemporáneos enfrentan a las perspectivas liberales dentro del pensamiento político. Así y todo, no es del todo claro que compartan la visión sobre ese momento de lo político (el acontecimiento) en el cual las nociones de “sujeto” y “decisión” cobran protagonismo. Lo mismo podemos decir de las valoraciones respecto del psicoanálisis como herramienta teórica o la relevancia que el populismo como lógica política puede tener para una concepción renovada de democracia. Por ello es que en lo que sigue abordaremos por separado algunos aspectos puntuales del tratamiento de los términos en ellos para luego tratar de componerlos en una panorámica provisoria final.

DECONSTRUIR AL SUJETO HACIA SUS INSTANCIAS INDECIDIBLES. LA EXPERIENCIA DE UNA “DECISIÓN IMPOSIBLE” PARA DERRIDA.

Tomando como punto de partida un reportaje que le hiciera J.-L. Nancy en 1989 y en cuyo título “*Hay que comer, o el cálculo del sujeto*” se nos anticipa ya como la referencia más importante sobre esta temática en cuestión, el índice inmediato desde el que Derrida problematiza la institucionalidad del sujeto es el *Dasein* heideggeriano, noción desde la cual puede observarse –dice el pensador argelino– un desplazamiento de la perspectiva “clásica” aunque sin salirse completamente de la traza que intenta sustituir: libertad, resolución, presencia a sí, conciencia moral, imputabilidad, llamada, etc.

Creo en la fuerza y en la necesidad... del gesto por el cual Heidegger sustituye por un determinado concepto de *Dasein* un sujeto todavía demasiado marcado por los caracteres del ente *Vorhandene* [a la mano]... Las consecuencias de tal desplazamiento son inmensas. Indudablemente, no las hemos medido aún del todo. No es cuestión de desplegarlas aquí improvisadamente, pero quisiera sólo señalar lo siguiente: el tiempo y el espacio de este desplazamiento abrirían un hiato, marcarían una apertura, fragilizarían o invocarían la fragilidad ontológica esencial de los fundamentos éticos, jurídicos, políticos de la democracia y de to-

³ A Derrida lo podemos ubicar entre los pensadores de primera generación dentro del postestructuralismo y su producción primera aparece muy ligada al debate entre el marxismo y la fenomenología, mientras que Laclau, ya un heredero de esta tradición de amplios horizontes, irrumpe en la escena contemporánea al calor de los debates postmarxistas.

dos los discursos que podemos oponer al nacional-socialismo bajo todas sus formas... Estos fundamentos eran y siguen siendo sellados por lo esencial en una filosofía del sujeto”⁴.

Esta identificación del *desplazamiento* hecha por Heidegger tiene como contrapartida el señalamiento por parte de Derrida de la imposibilidad de salirse del todo de la tradición⁵; por ello la estrategia más correcta sería la de renunciar a un discurso topológico obsesionado con identificar *el* lugar del sujeto y sustituirlo por la pregunta respecto a cómo determinadas tradiciones han designado con esta categoría ciertos predicados que pueden ser (y deben ser!) *de-construidos* hacia sus instancias indecibles, por ejemplo la que conduce a definirlo como estructura subjetiva o el “estar de bajo”, ser substrato o substancia; o la que en petición de sostener cierta estabilidad lo define como *permanencia*; también la que lo ha pensado teniendo una conciencia y autonomía.

Volviendo a la cuestión del *Dasein*, en un texto ya clásico, *Los fines del hombre*, se pregunta en qué sentido éste (tanto en su originalidad heideggeriana que lo entiende como el “ente que somos *nosotros* mismos”, como en su *pobre* traducción semántica “*sartreana*” de “realidad humana”) no reintroduce los tópicos esenciales de aquello que define su *humánitas*, a saber: la presencia, la proximidad, la propiedad: “En el juego de una cierta proximidad, proximidad a sí y proximidad del ser, vamos a ver constituirse contra el humanismo y contra el antropologismo metafísicos, otra insistencia del hombre, que reemplaza, releva, suple lo que destruye según vías en las que estamos nosotros, de las que salimos apenas –quizá- y que siguen estando ahí para ser interrogadas”⁶. Lo “propio” del hombre, lo que le daría unidad metafísica y antropológica es su proximidad a sí en tanto *Dasein* (es decir, en tanto lugar de la pregunta), pero también en su idea de proximidad con el ser, ya que el *Dasein* goza del privilegio de tener de antemano una cierta disponibilidad del “ser” para consigo. Puede entonces que el *Dasein* heideggeriano no represente cabalmente al sujeto de la metafísica, pero sí recae –siguiendo este razonamiento- en un atavismo que refiere en su discurso de “lo propio” a una serie de exclusiones que empiezan con aquellos entes que no son “*nosotros* mismos”.

⁴ DERRIDA, J., “Hay que comer, o el cálculo del sujeto”, en Revista *Pensamiento de los confines* n° 17, 2005.

⁵ Al respecto, puede consultarse “La estructura, el signo y el juego de las ciencias humanas” en *La escritura y la diferencia*, donde Derrida explica claramente la imposibilidad de encontrar un lenguaje que logre *significar* la “destrucción” de los conceptos de la metafísica y que a su vez esté constituido por conceptos y/o lenguajes ajenos a esa misma tradición. De esa circularidad no es posible salir. Por su parte, en “Hay que comer...” Derrida señala que en todo caso los autores más determinantes de los últimos tiempos (Lacan, Althusser, Foucault) no han hecho otra cosa que reintroducirlo de algún modo; en el caso de Lacan al otorgarle un lugar privilegiado en el correlato de la ley y en la economía interna de la teoría psicoanalítica; con relación a Althusser el sujeto tendría aún “un lugar irreductible en la teoría de la ideología”; por último, el *último* Foucault habría producido un retorno moral de un cierto sujeto ético.

⁶ DERRIDA, J., “Los fines del hombre”, en *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2008, p. 161.

Por ello, no se trataría ni de “liquidar” ni de “sostener a cualquier precio” al sujeto sino de trabajar sobre sus efectos, sus estrategias diferenciadoras, porque acaso ¿quién sería el que acusa y desde *qué* lugar? pregunta Derrida.

A propósito de esta pregunta por el *quién*, quizás la referencia a su indeterminación abriría buenas posibilidades frente a una idea de sujeto “demasiado pesadamente cargado de determinaciones metafísicas”,

... ella desborda la pregunta misma, la reinscribe en la experiencia de una ‘afirmación’, de un ‘sí’, o de un ‘compromiso... este ‘sí, sí’ que responde antes mismo de poder concebir una pregunta, que es responsable sin autonomía, antes y con vistas a toda autonomía posible del quien-sujeto, etc. La relación a si no puede ser, en esta situación, más que de *différance*, es decir, de alteridad o huella. No sólo la obligación no se ateúa, sino que, por el contrario, halla aquí su sola posibilidad, que no es ni subjetiva ni humana. Lo cual no quiere decir que sea inhumana o sin sujeto, sino que es a partir de esta afirmación dislocada... que algo así como el sujeto, el hombre o quien quiera que sea, puede configurarse⁷.

En todo caso, “si hay sujeto [sea éste sujeto del derecho, de la moral o de la ética], si debe haberlo, viene después”⁸ Pero ¿después cuándo? Derrida dice que en el momento en que se abren las instancias al juego por un *cálculo* abismado en una experiencia que es en sí misma “aporética” y por lo tanto que llama también a una responsabilidad ética y política infinitas; experiencia imposible y necesaria a su vez, que organiza un desplazamiento que aquí, para nosotros, representa el “momento político”, pero que en Derrida se define como un movimiento singular que va de la justicia al derecho y de la indecidibilidad a la decisión, es decir, de lo incalculable a lo calculable para a partir de allí decir lo indecible.

Fuerza de Ley, como texto, está al inicio de un nuevo impulso teórico en la obra de Derrida, en el que se destaca una renovada reflexión teórica vinculada a cuestiones éticas y políticas y que ha sido motivo de no pocas discusiones⁹. La tesis central de este texto es que todo orden jurídico legal conlleva en su aplicación un “violencia originaria” (su “fundamento místico”) que es necesario *deconstruir*. La justicia -para Derrida sinónimo de la alteridad irre-

⁷ DERRIDA, J., “Hay que comer, o el cálculo del sujeto”, en Revista *Pensamiento de los confines* n° 17, 2005. El rasgo *levinasiano* del “quién” que nos llega a través de Derrida es imposible de abordar aquí, en todo caso es necesario afirmar su preeminencia y radical infinitud e inapropiabilidad y por lo tanto su ser no-subjetivable respecto de lo dado. Al respecto dice Derrida en el mismo texto, “la determinación del ‘Quién’ singular, en todo caso su determinación como sujeto, permanece siempre problemática. Y debe permanecer [así]. Este deber no es solamente un imperativo teórico”.

⁸ DERRIDA, J., “Hay que comer...” *Ob. Cit.*

⁹ Fundamentalmente si es parte de un “giro”, y si este es ético y/o político, etc. Véase BISET, Emmanuel, “Derrida y lo político”, en *Confines* nro.30, pp.23-37. Disponible en <http://www.aacademica.org/emmanuel.biset/12>. También el artículo de Patricio Peñalver Gomez “Hacer justicia con Derrida”, en *Derrida Político*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2013, pp. 173-207.

ductible-, tendría “su condición de posibilidad en la desedimentación de aquello que siempre supone, aún cuando esté estructurado como un orden desde un fundamento racional”¹⁰. Así, si el derecho es *deconstruible* (porque está fundado, edificado sobre interpretaciones y capas textuales) dice *Fuerza de Ley*, es porque la justicia en tanto lo excede *es* ella misma deconstrucción. Por ello el tránsito que va de uno a otra (y viceversa) es el de la experiencia de una *aporía*, o para ser más precisos, de lo imposible: un cálculo (del derecho) en lo incalculable (la justicia).

A propósito de esta experiencia entre calculabilidad e incalculabilidad, es ella la que le impide a la *decisión* obtener la estabilidad del criterio “de regla” en el discernimiento entre lo justo o lo injusto; con todo, la experiencia misma de la *aporía* incrementa frente a lo indecible la responsabilidad agente (la decisión *debe* tomarse), a esto se refiere Derrida cuando dice que “[u]na decisión que no pasara la prueba de lo indecible no sería una decisión libre; sólo sería la aplicación programable o el desarrollo continuo de un proceso calculable. Sería quizás legal, no justa. Pero en el momento de suspensión de lo indecible, tampoco es justa, puesto que sólo una decisión es justa”¹¹.

UN SUJETO QUE SE CONSTRUYE EN EL CUESTIONAMIENTO DE LAS REGLAS. LO QUE COMPORTA LA DECISIÓN DESDE LA PERSPECTIVA DE LACLAU

En esta parte no me propongo una mirada global del enfoque laclausiano sino tan solo revisar cuáles son para él las características del sujeto que *asume* la tarea de resolver una situación de crisis de un sistema hegemónico tal cual lo plantea en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, texto en el que de manera más detallada aborda esta problemática. Al hacerlo trataré de dar cuenta, a su vez, de qué se entendería desde una concepción laclausiana *tomar la decisión*.

Luego de arribar con precisión analítica en “*Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*” a la conclusión de que toda estructura es indecible porque desde ella no puede accederse a ningún fundamento absoluto (tanto el momento de indecibilidad entre lo contingente y lo necesario como el antagonismo tienen prioridad ontológica por sobre toda objetividad pura o contingencia radical), Laclau concluye una definición de hegemonía que incorpora esta misma “indecibilidad” como condición. Al respecto dice:

¹⁰ BISET, E., “Derrida y lo político”, *Art. Cit.*

¹¹ DERRIDA J., *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*, Madrid, Editorial Tecnos, 1997, p. 56.

... Hegemonizar un contenido equivaldría... a *fixar* su significación en torno de un punto nodal. El campo de lo social podría ser visto así como una guerra de trincheras en la que diferentes proyectos políticos intentan articular en torno de sí mismos un mayor número de significantes sociales. De la imposibilidad de lograr una fijación total se derivaría el carácter abierto de lo social... y los períodos de ‘crisis orgánica’ serían aquellos en que se debilitan las articulaciones hegemónicas básicas y en que un número cada vez mayor de elementos sociales adquieren el carácter de significantes flotantes.¹²

Una lectura apresurada para el análisis de lo político podría llevar a cierres insatisfactorios respecto de la cita si concluyéramos que es simplemente una *voluntad consciente* de los actores sociales lo que determina la resolución en una crisis de hegemonía; en el mismo error se concurriría si pensáramos que *lo objetivo* de tal crisis (así como su resolución) tiene siempre como *causa sui* algún determinismo –inteligible- conveniente *a priori*.

Es importante comenzar, entonces, recuperando el esquema de argumento que en *Nuevas Reflexiones...* conduce hacia el sujeto y la decisión. Al inicio, la operatoria deconstructiva del par necesidad/contingencia dio como resultado la posibilidad de postular la existencia de un *exterior constitutivo* inherente a toda relación antagonica. Este *exterior* mismo a la vez que *bloquea* toda identidad es su condición de posibilidad y en tanto presencia desde un *exterior* es “facticidad pura”, ya que no permite que lo social logre constituirse como orden objetivo.

Nuestra tesis –dice Laclau- es que el antagonismo tiene una función *revelatoria*, ya que a través de él se muestra el carácter en última instancia contingente de toda objetividad.¹³

De esto anteriormente dicho Laclau extrae varias consecuencias de las cuales interesan aquí particularmente dos: a) que toda identidad es puramente relacional; b) que toda fuerza antagonizante *en tanto* que bloquea es que posibilita la identidad del antagonizado. La interdependencia de ambas es lo que permite determinar con precisión la “indecidibilidad” de una estructura. Sin embargo, el haber arribado a la demostración del carácter contingente de toda objetividad no debiera conducirnos a sostener la ausencia de toda necesidad: “en un universo del que la necesidad se hubiera evaporado –dice Laclau-, lo que encontraríamos sería pura indeterminación y la imposibilidad de todo discurso coherente.”¹⁴

Por ello, en el análisis de una estructura social y de la situación limitada que la define, sólo puede esperarse una *objetividad parcial* en la que las delimitaciones entre lo contingente y lo necesario se desplazan.

¹² LACLAU E., *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 2000 (2da. Ed.), p. 45.

¹³ LACLAU E., *Ob. Cit.*, p. 35.

¹⁴ LACLAU E., *Ob. Cit.*, p. 43.

Resta ahora desentrañar qué entiende por sujeto y cómo actúa dentro de una estructura cuya característica es la “indecidibilidad”. Así pues, conectando la última cita podemos agregar la siguiente:

... esto significa: a) que el sujeto no es otra cosa que esta distancia entre la estructura indecidible y la decisión; b) que la decisión tiene, ontológicamente hablando, un carácter fundante tan primario como el de la estructura a partir de la cual es tomada, ya que no está determinada por ésta última; c) que si la decisión tiene lugar entre indecidibles estructurales, el tomarla sólo puede significar la represión de las decisiones alternativas que no se realizan. Es decir, que la ‘objetividad’ resultante de una decisión se constituye, en su sentido más fundamental, como relación de poder.¹⁵

Analizando lo pertinente a la decisión, inicialmente, nos encontramos con que si la estructura es “indecidible” las decisiones que se desarrollan en ellas *por lógica* no pueden ser determinaciones necesarias de ella, ellas son decisiones contingentes y, en un sentido que se aclarará más adelante, decisiones libres. El suelo primario (*grund*) de esta libertad es una estructura cuya falla es “de origen”, no sólo del sujeto sino también de una estructura que empuja al sujeto a construir su identidad no en términos positivos sino sólo a través de procesos *identificatorios*.

Pero esta decisión tomada en una estructura “indecidible” no quiere decir que sea “irracional”. Que la arbitrariedad de la misma haga que no se la pueda ligar de “modo necesario” a un motivo racional no significa “que la decisión no sea *razonable* –es decir, que un conjunto acumulado de motivos, ninguno de los cuales tiene el valor de un fundamento apodíctico, no la hagan preferible a otras decisiones.”¹⁶. Por último, el no poder derivar de modo inferencial la decisión de la estructura -haciendo de la misma algo tan fundante como la estructura- nos da como resultado que toda decisión instaure una relación de poder sobre un fondo de “objetividad” que no es otra cosa que “la supresión externa de una decisión, una conducta, una creencia, y la imposición de otra que no tiene medida común con las primeras”¹⁷.

¿Qué podemos decir del sujeto? Laclau dice que es una distancia entre la estructura y la decisión¹⁸. Existe sujeto porque existe una estructura que *desde el inicio* está dislocada; esta

¹⁵ LACLAU E., *Ob. Cit.*, p. 47.

¹⁶ LACLAU E., *Ob. Cit.*, p. 47.

¹⁷ LACLAU E., *Ob. Cit.*, p. 48.

¹⁸ Descifrar este enunciado a primera vista enigmático implicaría incorporar no pocos elementos del análisis psicoanalítico a la teoría; aquí en particular nos limitamos al concepto de “dislocación” pues desde esta perspectiva particular la *dislocación* explica al sujeto. Pero como se sabe, Laclau utiliza muchos términos provenientes del psicoanálisis o impregnados con significación psicoanalítica: “significante vacío”, “identificación”, antagonismo como “lo real”, “representante”, etc.

dislocación es resultado de la indecidibilidad de las fronteras de la propia estructura. Y existe *libertad* para el sujeto porque la dislocación es la fuente misma de esa libertad. Una libertad no entendida *a la* Spinoza (la de la conciencia de la totalidad y su necesidad) ni tampoco al modo “sartreano” existencialista (como ausencia de cualquier determinación) o su contrario estructuralista (yo no soy el que habla sino que la estructura es la que habla por mi), sino una libertad que es resultado del *estar arrojado* en una estructura cuya “falla originaria” constriñe al sujeto a actos de identificación. Y como la estructura esta dislocada esta identificación nunca logrará convertirse en “identidad plena”: la imposibilidad del cierre de la estructura (la “imposibilidad de la sociedad”¹⁹) es (también) la imposibilidad del sujeto. Y viceversa

Lo que claramente se desprende de aquí es que *dislocación* es una falla primaria en la constitución tanto de la estructura como del sujeto y *antagonismo* “es el punto crucial para la elaboración de una teoría de lo político” (ibid. 394). Las dislocaciones por ende *se expresan* en el terreno de lo político en términos discursivos como antagonismos, pero no toda dislocación *es* antagonismo. ¿Qué quiere decir esto? Que en todo momento anterior a cualquier organización discursiva (necesaria para el desarrollo del antagonismo), la dislocación misma de la estructura abre las posibilidades a articulaciones múltiples a quienes están fuera de ella; esto es lo que entiende Laclau cuando dice que la dislocación es la “forma misma de la libertad”, porque ella expresa la ausencia de determinación *última* de una estructura que, como ya dijimos, no logra constituirse ni constituir al sujeto. Dicho en sus propios términos:

No es que haya algo en mi que la estructura oprima y que su dislocación libera; soy simplemente *arrojado* en mi condición de sujeto porque no he logrado constituirme como objeto... Estoy *condenado* a ser libre, pero no, como los existencialistas lo afirmaran, porque yo no tenga ninguna identidad estructural, sino porque tengo una identidad estructural *fallida*.²⁰

La eventualidad en el desarrollo de una perspectiva hegemónica estará posibilitada por la factibilidad de un actor en lograr la inscripción de esa dislocación, es decir, de rotularla (significarla); en consecuencia los sujetos que construyan las articulaciones hegemónicas a partir de la dislocación no serán “internos sino externos a la estructura dislocada... en tal sentido, los intentos de rearticulación y reconstrucción de la estructura implicarán también la constitución de la identidad y subjetividad de los agentes.”²¹. Con todo, cuanto mayor es la dislocación, más indeterminadas son las posibilidades de construcción políticas a partir de ella que tienen los sujetos.

¹⁹ Será la lógica hegemónica la que “sutura” y hace posible *temporalmente* esta imposibilidad de la sociedad.

²⁰ LACLAU E., *Nuevas reflexiones...*, Ob. Cit., p. 60.

²¹ LACLAU E., Ob. Cit., p. 60.

(COM)POSICIONES.

Detrás de una diferencia de estilo escritural y de campo disciplinar aparecen los acuerdos insinuados en este “injusto” recorte bibliográfico, el más importante es el que provee la crítica a cualquier “esencialismo” de origen. Derrida lo expresa tempranamente en “La estructura, el signo y el discurso en el juego de las ciencias humanas”, al denunciar en el discurso estructuralista la repetición/reactualización de la idea de “fundamento último”: un discurso *fundado* desde la larga historia de los “nombres del fundamento”, “lo invariante de una presencia”, o si se prefiere, de un *deseo* de presencia (*eidós, arche, telos*, etc.). El momento del postestructuralismo no es sólo el de un nuevo “discurso filosófico o científico, es también un momento político, económico, técnico, etc.”²² según palabras del autor.

Por su parte, Ernesto Laclau reconoce su “posmarxismo” en la emergencia de factores históricos y políticos concretos de la crisis del pensamiento clásico y la apertura del determinismo teórico a nuevos y variados fundamentos: “Si una tradición cesa de ser el terreno cultural en el que la creatividad y la inscripción de nuevos problemas tiene lugar, y pasa a ser en cambio un obstáculo para esa creatividad y esa inscripción, ella será gradual y silenciosamente abandonada... Las raíces de mi posmarxismo remontan a esa época. Bien, en estas circunstancias las movilizaciones de 1968 en Francia, Alemania y los Estados Unidos parecían confirmar esas intuiciones y hacían posible inscribirlas en un terreno político e histórico más amplio”²³.

En suma, el concepto (ampliado) de “indecidibilidad” con esta perspectiva da claves desde la cual pensar *todo* acontecimiento en sentido fuerte:

Dudo en utilizar ahora esa palabra de indecible –dice Derrida–, porque con demasiada frecuencia se la ha interpretado, de modo ridículo, como parálisis, duda, neutralización, de forma negativa. Para mí, lo indecible es la condición de la decisión, del acontecimiento...²⁴.

No obstante, si una decisión se toma en el seno de la “aporía” de la indecidibilidad, la pregunta por la ética (por la responsabilidad) aparece para Derrida como criterio *sensu stricto* de la misma. Transitar la aporía de la decisión consistiría en atravesar esa experiencia de contradicción, entre el asumir *absoluta y singularmente* la llamada del y por el *otro*, y también dar cuenta de nuestras acciones ante los demás. En “Notas sobre deconstrucción y pragmatismo”, dice en respuesta a Rorty:

²² DERRIDA J., “La escritura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, en *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Editorial Anthropos, 1989, pgs. 384-388.

²³ LACLAU E., *Nuevas reflexiones...*, pgs. 189-190. Interesante en Laclau es que también combina sus revisiones teóricas con su práctica política en Argentina de los años de proscripción del peronismo.

²⁴ DERRIDA J., *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*, Madrid, Editorial Trotta, 2001, p. 42.

No creo que los temas de la indecidibilidad y de la responsabilidad infinita sean románticos... Si analizamos fríamente los conceptos de decisión y responsabilidad encontramos que la indecidibilidad es irreductible a ellos. Si no se toma en cuenta la indecidibilidad, no se daría sólo el caso de que no se podría actuar, decidir o asumir responsabilidades, sino que ni siquiera se sería capaz de pensar los conceptos de decisión y de responsabilidad.²⁵

Desde una perspectiva laclausina se puede matizar esto último con la siguiente observación: esa decisión, que también transita el momento de la “locura”, de lo incalculable, presupone un acto de identificación: el sujeto que decide es (siendo en esto Laclau fiel al paradigma lacaniano) un “sujeto de la falta”, por lo que toda identificación/decisión provee el “suplemento” para simular la “distancia insalvable entre mi carencia de ser (que es la fuente de la decisión) y aquello que provee el ser que necesito para actuar en un mundo que no ha logrado construirme como un ‘modo’ (modus) de sí mismo”²⁶. Por lo tanto toda decisión hace al sujeto y no lo contrario, en términos de que tiene lugar en un terreno cuya “indecidibilidad” sólo se supera parcialmente a través de un acto *identificatorio*; Dicho de otro modo, es la decisión la que permite al sujeto actuar *qua* sujeto “sin estar dotado [a priori] de ninguno de los medios de una subjetividad completamente constituida”²⁷, ni contar tampoco con la “universalidad de la regla”, que la convertiría en una mera ecuación algorítmica o aplicación de una ley.

Derrida sí estaría de acuerdo con este punto a condición de que se reconozca que esa identificación sobrelleve también el proceso de su propia destrucción como decisión/identificación, y que ese *otro* por el cual se la toma, el *otro* “inapropiable”, jamás aligere la responsabilidad del *quién*, “... por el contrario el otro es el origen de mi responsabilidad sin que se la pueda definir en términos de una identidad. La decisión se anuncia desde la perspectiva de una alteridad mucho más radical”²⁸.

Así y todo, la pregunta por el *quién* no podría nunca eliminar la referencialidad del sujeto: el juego de lo político también necesita estabilidades sobre un suelo que es fundamentalmente inestable: se debe “comer”; es decir, construir reglas, convenciones, leyes. “Todo lo que un punto de vista deconstructivo trata de mostrar es que, dado que la convención, las instituciones y el consenso son estabilizaciones (algunas estabilizaciones de gran duración; a veces, microestabilizaciones), esto significa que hay estabilizaciones de algo que es esencialmente inestable y caótico... [y] porque hay inestabilidad es que la estabilización se vuelve

²⁵ DERRIDA J., “Notas sobre deconstrucción y pragmatismo”, en *Deconstrucción y pragmatismo* (Ch. Mouffe comp.), Buenos Aires, Editorial Paidós, 1998, p. 166-7

²⁶ LACLAU E., “Deconstrucción, pragmatismo, hegemonía”, en *Deconstrucción y pragmatismo*, *ob. cit.*, p. 114.

²⁷ LACLAU E., *ob. cit.*, p. 118.

²⁸ DERRIDA J., “Notas sobre deconstrucción y pragmatismo”, en *Deconstrucción y pragmatismo*, *ob. cit.*, p. 164.

necesaria”²⁹. Como observa Emmanuel Biset aparece un “doble juego” en relación al sujeto en la deconstrucción derridiana, pues:

[s]i bien asume su necesidad, ‘hay que calcular’ indica Derrida, la deconstrucción es el repliegue de lo incalculable sobre lo calculable. Para decirlo de otro modo, se trata de pensar una responsabilidad y una decisión, una política sin más, que excede por principio el concepto de sujeto: que lo somete una y otra vez a una deconstrucción radical”³⁰.

Nada de esto se refleja en la perspectiva deconstructivista que Laclau representa, más preocupada por una lógica “positiva” de la política (hegemónica) que por una exhortación ética sostenida en los mismos principios ontológicos de la indecidibilidad.

²⁹ DERRIDA J., “Notas sobre deconstrucción y pragmatismo”, en *Deconstrucción y pragmatismo*, ob. cit., p. 162.

³⁰ BISET, E. et al, “Sujeto y Metafísica”, en *Sujeto, una categoría en disputa*, Buenos Aires, Ediciones La cebra, 2015, p. 42